

ADOLFO SALDÍAS, ¿INTELECTUAL DEL RADICALISMO?

SOBRE EL COMPROMISO POLÍTICO DEL «HOMBRE DE PENSAMIENTO» EN LA DÉCADA DE 1890¹

ADOLFO SALDÍAS, INTELLECTUAL OF THE ARGENTINIAN RADICALISM?
ON POLITICAL COMMITMENT OF THE "THINKING MAN" IN THE 1890S

Francisco J. Reyes²

Palabras clave *Resumen*

Adolfo Saldías, Intelectuales, Radicalismo argentino
Recibido 18-9-22
Aceptado 7-2-23

La experiencia del historiador Adolfo Saldías como referente de la Unión Cívica Radical coincide con un momento de incipiente autonomización de los campos político e intelectual en la década de 1890. No obstante, existen escasos estudios dedicados a los intelectuales del primer radicalismo. A partir del análisis de su trayectoria en esos ámbitos (sus principales intervenciones públicas, su correspondencia privada y especialmente su etapa como director del principal periódico radical) se reconstruyen las distintas dimensiones e implicancias del compromiso político de Saldías. Al cotejar su caso con otros similares, se concluye que dicha fuerza política contó con figuras intelectuales destacadas a las que, sin embargo, no ubicó centralmente en su concepción política y su retórica partidaria.

Key words *Abstract*

Adolfo Saldías, Intellectuals, Argentinian radicalism
Received 18-9-22
Accepted 7-2-23

The experience of the historian Adolfo Saldías as a referent of the Unión Cívica Radical coincides with a moment of incipient autonomy of the political and intellectual fields in the 1890s. However, there are few studies dedicated to the intellectuals of the first radicalism. From the analysis of his trajectory in those areas (his main public interventions, his private correspondence, and especially his stage as director of the main radical newspaper), the article reconstructs the different dimensions and implications of Saldías' political commitment. When comparing his case with others, it is concluded that the said political force had outstanding intellectual figures whom, however, it did not place centrally in its political conception and partisan rhetoric.

INTRODUCCIÓN

Al filo del 1900, el director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, Paul Groussac, escribió en la revista a su cargo la habitual presentación de uno de los

1 El autor agradece los comentarios y las sugerencias recibidos de parte de las evaluaciones anónimas del *Anuario IEHS* que contribuyeron a aclarar ciertos aspectos del trabajo.

2 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional del Litoral, Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral, Argentina. C. e.: reyesfranciscoj@live.com.

autores que colaboraban con la publicación. En el marco de ese espacio de prestigio y de consagración en el seno de las elites intelectuales (Bruno 2009, pp. 357-359), la semblanza de Adolfo Saldías –que polemizaba en ese número con José M. Ramos Mejía sobre “Los historiadores de Rozas”– daba cuenta de una trayectoria en la cual se conjugaba el hombre de letras con el político, rasgo típico de una todavía incompleta separación y especialización de los campos intelectual y político. Ello en un contexto en que, como analizara clásicamente Max Weber, estaban emergiendo las figuras del intelectual y del político profesional que viven de y para sus quehaceres específicos (Weber [1919] 2007); cuestión esta ya tematizada de forma pionera para la Argentina del cambio de siglo por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (con foco en el campo letrado) y con aportes recientes que sistematizaron las implicancias de ese vínculo complejo y multiforme (con foco en las distintas elites) (Altamirano y Sarlo [1980] 1997, Losada 2009).

Groussac recorría la tradicional formación de Saldías en el Colegio Nacional y la Universidad de Buenos Aires, su “calurosa pasión por las luchas políticas” en las filas del Partido Autonomista y el debut de su “pluma novel en la dudosa escuela del periodismo, hasta que la vocación predominante de su espíritu le encaminó, por dicha, de una manera definitiva, a los estudios históricos”. Confirmaba su doble perfil al destacar la importancia del *Ensayo sobre la historia de la Constitución Argentina (1878)* de Saldías y su participación en el levantamiento armado de Buenos Aires de 1880, pero no mencionaba su participación en la revolución de 1890 ni su compromiso con la Unión Cívica Radical (UCR). Se trataba de un cuadro general halagüeño de quien ese año devino ministro de Obras Públicas de Bernardo de Irigoyen en la provincia de Buenos Aires:

A su fuerte voluntad literaria y a sus condiciones de escritor, poco comunes, el doctor Saldías agrega un acendrado carácter y un interés siempre inquieto y celoso por las cosas de la patria. Su nombre se halla ligado a más de un acontecimiento importante de la política argentina, y, repartida su actividad entre esas dos altas preocupaciones, ha logrado, con raro esfuerzo, ser igualmente útil a su país en la una como en la otra.³

A partir de estas visiones concurrentes, el presente trabajo enlaza dos inquietudes y se propone una serie de objetivos. Por un lado, la reconstrucción de una estación particular de la trayectoria político-intelectual de Adolfo Saldías (1849-1914) en el fin de siglo argentino permitirá contextualizar y problematizar su intervención en ambos campos. Por otro lado, la insatisfacción con los estudios existentes sobre el lugar de los especialistas en la producción y la circulación de bienes culturales y simbólicos en el primer radicalismo –autoconcebido como “partido de principios”– impone profundizar la etapa en la que Saldías actuó como director del órgano de prensa oficial de la UCR, *El Argentino (EA)*, en los cruciales años de 1893 y 1894, cuando dicho partido terminó de cobrar forma y ganar protagonismo. En este sentido, indagar la mirada de propios, detractores y comentaristas acerca del historiador y dirigente radical en esos años contribuirá a ponderar la importancia del lugar que efectivamente ocu-

3 *La Biblioteca*, t. VII, 1898, pp. 478-479.

paban dichas tareas y, así, valorar de forma más acabada esa relación compleja que entretejían sus intervenciones.

El punto de partida del argumento sostenido es que prácticamente no existen trabajos dedicados a los intelectuales –figura ideal-típica surgida en esa misma coyuntura en diversas latitudes del mundo occidental, con sensibles variaciones nacionales (Charle [1990] 2009, Serrano 2000, Prochasson 2003)– que actuaron en los orígenes de la UCR y que aquí ejemplifica Saldías. Cuando se reconstruyeron las ideas de ese primer radicalismo, el foco estuvo puesto, antes bien, en la enunciación discursiva de sus líderes, fundamentalmente Leandro Alem, primero, e Hipólito Yrigoyen, después. Ciertamente se ha recuperado el papel de sus primeros órganos periodísticos, su retórica y fundamentos ideológicos, así como de algunos referentes que acompañaron a Alem –por ejemplo, en el trabajo seminal de Paula Alonso y en los de Ezequiel Gallo y Nahuel Ojeda Silva (Alonso 2000, 2015; Gallo 2009; Ojeda Silva 2012; Ojeda Silva y Gallo 2014).⁴ Sin embargo, parece no haberse problematizado en su especificidad –y reconstruido en sus diversas facetas– esta figura paradigmática del intelectual comprometido vinculado a una fuerza política de semejante importancia en la historia argentina. Tal como se afirma en las conclusiones, esta ausencia historiográfica probablemente se deba –para retomar el citado planteo de Weber– al temprano peso de una concepción carismática dentro de la identidad radical en la que dirigentes y militantes, en tanto “creyentes” en una “causa”, exaltaban las virtudes de sus líderes por sobre las ideas y los encargados de producirlas, sistematizarlas y difundirlas, abrevando además éstos últimos (como se verá en el caso del propio Saldías) en ese potente imaginario partidario.

Si se tiene en cuenta que el cambio de siglo fue también el contexto de consolidación de esas nuevas concepciones y formas de organización de los partidos políticos, se vuelve una tarea relevante dar cuenta del compromiso y los aportes específicos de alguien como Saldías –y otros semejantes– que ocupaba un lugar nada despreciable en la república de las letras argentinas. En ese proceso aún incipiente de diferenciación de esferas de intervención social, tampoco debe desdeñarse el hecho de que el senador provincial, ministro y vicegobernador bonaerense (entre 1894 y 1906) y diputado nacional (1906-1908) revistó en las filas de las elites políticas de una república oligárquica abierta al talento intelectual, sobre todo ante los desafíos de cuestiones como la “social” y la “nacional” que sacudieron o inquietaron a distintos actores de una sociedad en rápida transformación (Zimmermann 1995, Devoto 2002).

Para ilustrar el argumento antes mencionado que impulsa la presente indagación, basta señalar que el caso de los intelectuales que fueron un colectivo clave en el naciente Partido Socialista (PS) de las décadas de 1890 y 1900 posee un denso recorrido historiográfico. En primer lugar, porque esos intelectuales-dirigentes lo definieron como un “partido de ideas”, en el cual las funciones de recepción, traducción y cir-

4 Suele distinguirse un primer “radicalismo de Alem” y un segundo “radicalismo de Yrigoyen” (Delamata y Aboy Carlés 2001, Persello 2007). Sobre la prensa radical, un aporte en clave provincial para Córdoba y el periódico *La Libertad* de Pedro Molina puede verse en Fernández Seffino 2017.

culación doctrinaria para la “acción política” –a partir de publicaciones, bibliotecas y centros de estudio– se consideraban condición indispensable de su existencia como tal. No obstante, los casos de José Ingenieros, Manuel Ugarte o Juan B. Justo muestran que el compromiso partidario de esos intelectuales no estuvo exento de tensiones ante su autonomía de opinión, así como frente a sus espacios de sociabilidad y formas de intervención pública (Falcón [1985] 2011, Prislei 2000, Tarcus [2007] 2013).⁵

Estos militantes de la causa de la emancipación social constituyen una variante de algunas tipologías de los intelectuales argentinos y latinoamericanos, junto a otras figuras como el científico imbuido del utilaje positivista para aprehender y operar sobre un cuerpo social complejo, los escritores modernistas con su irrupción de carácter estético y cierta sensibilidad social o el escritor popular capaz de llegar a un público ampliado mediante los diarios de gran tirada. En cambio, el perfil de Saldías se acerca mucho más al del ensayista político decimonónico que centraba sus inquietudes sobre todo en la historia patria (Myers 2008, pp. 46-49). Con todo, existen definiciones menos taxativas de los intelectuales como actores que, mediante la posesión y puesta en juego de un capital cultural acumulado, se involucraron de forma decidida en el debate público en un determinado momento (Sirinelli 1986, p. 99; Fuentes y Archilés 2018). De allí que es posible afirmar que en la estación finisecular de su trayectoria Saldías cumplió, con creces, las funciones de creador y mediador cultural y vinculó esas intervenciones con un compromiso político efectivo en la creación y la conducción de una formación que protagonizó la lucha política de esos años, como fue el radicalismo del cambio de siglo.

Desde una perspectiva más amplia, el historiador y, desde 1891, miembro del Comité Nacional de la UCR puede ubicarse en una constelación intelectual más difusa, la caracterizada “generación de 1890” propuesta por Oscar Terán, compuesta por un conjunto de letrados que se vieron llamados a la intervención pública por el impacto de la crisis que emergió en esos años y que fue leída desde un prisma de decadentismo y regeneración moral y nacional (Terán 2008, pp. 213 y 222; también Zimmermann 1995); figuras atentas a un agitado clima ideológico internacional y abocadas al fortalecimiento de identidades colectivas.

En suma, Saldías se vio inmerso durante la década de 1890 en uno de esos microclimas al calor de los cuales se acicatean la actividad pública y el compromiso político de ciertos intelectuales que saltan a la palestra, transforman su perfil y ganan protagonismo y reconocimiento (Sirinelli 1986, pp. 104-105). En los apartados que siguen, sobre la base del análisis de las intervenciones de Saldías en el periodismo, en obras de mayor aliento y de su nutrida correspondencia,⁶ se problematiza el vínculo entre su perfil in-

5 En la cultura política socialista, una vez consolidado el PS en el sistema político y definidos criterios doctrinarios diversos pero estabilizados a inicios del siglo xx, puede hablarse de “intelectuales de partido”, con funciones específicas dentro de la formación militante, luego prolongadas en la experiencia del Partido Comunista (Petra 2017).

6 Los documentos citados se presentarán con el siguiente orden: Archivo General de la Nación, Fondo y Colección Adolfo Saldías-Juan Ángel Farini, n° de carpeta (n° de folio).

telectual y su compromiso partidario. Se contextualizan de forma paralela sus trayectorias como letrado y como político que le granjearon un lugar destacado en la vida pública nacional, lo cual demuestra que en dicha etapa la conducción de la UCR contó efectivamente con intelectuales de primer orden. Luego, se reconstruye su etapa como director de *EA*, principal vocero del primer radicalismo, instancia que da cuenta de la visibilidad pública del historiador como pluma partidaria, así como de una reconocida –pero, para la posteridad, modesta– popularidad en las filas radicales. Finalmente, se restituyen los testimonios referidos a la intervención política e intelectual de Saldías para dar cuenta de las valoraciones de esa relación compleja entre el hombre de letras y el hombre de partido, el cual afirmaba intervenir en nombre de causas superiores, sean la patria, la verdad histórica o la libertad.

LETRAS Y POLÍTICA EN LOS ORÍGENES DEL RADICALISMO

El denominador común asignado a las motivaciones de Saldías por Groussac en 1898 habría sido aprobado por el reconocido autor de la *Historia de la Confederación Argentina (HCA)*, su gran obra histórica sobre la época de Juan Manuel de Rosas, cuya parcial reivindicación por la defensa de la soberanía no lo había marginado del consenso liberal de las elites dirigentes argentina (Cattaruzza y Eujanian 2010, Reyes 2014). Unos años antes, en las páginas de *EA* y previamente a su dirección, Saldías había polemizado con otro exponente de esas elites, Vicente Fidel López, quien le achacaba ser “panegirista de Rozas”, al asegurar:

(...) he militado sin interrupción en las filas del pueblo; no me he recostado a gobierno alguno
(...) he defendido los principios de la libertad y del progreso, tal como los entiendo, en unos doce o quince libros (...) en diarios que han mantenido la enérgica independencia y en el campo de las revoluciones con sangre reprimidas, tocándome persecuciones, prisiones y destierros...⁷

Como se adelantó, el microclima abierto en el fin de siglo consolidó una carrera política para Saldías, pero la aceleración de los tiempos políticos por la crisis no fue en detrimento de su producción histórico-literaria, aunque un compromiso político sostenido con la Unión Cívica (UC) y después con la UCR implicaba pagar cierto precio. A la par, fortaleció estrechos vínculos con las principales personalidades del radicalismo en sus años fundacionales, Leandro Alem y Bernardo de Irigoyen, los que explican en parte la notabilidad de Saldías dentro de esa dirigencia.

Cuando a fines de la década de 1880 comenzaron a confluir distintos sectores en una incipiente oposición al presidente Miguel Juárez Celman, Saldías se encontraba instalado con su esposa en París luego de haber dirigido durante algunos años un diario opositor al gobierno del Partido Autonomista Nacional (PAN) de Julio Roca. Producto de esa experiencia fue la obra *Civilia*, publicada con carta-prólogo de su “amigo y maestro” Domingo Sarmiento, expresidente de la nación, de quien había sido secre-

⁷ *EA*, 28/01/1896.

tario en la década de 1870. En París aparecieron los tomos originales de su *Historia de Rosas y su época*, que le significaron recepciones críticas de los principales referentes de la historiografía nacional, Bartolomé Mitre y el citado López, pero al mismo tiempo su interlocución (Cattaruzza y Eujanian 2010). Y para 1889 daba a conocer un folleto sobre los problemas de la inmigración para la nacionalidad argentina inspirado en las ideas del último Sarmiento: *La politique italienne au Rio de la Plata*.

Al felicitarlo por su “consistencia y patriotismo”, Irigoyen –apoyado a la distancia por Saldías en su candidatura presidencial de 1886–⁸ le contestaba al otro lado del Atlántico: “Tiene V. mucha razón en las observaciones sobre nuestra situación política (...) hay un desaliento tan general que no puede esperarse pronto una reacción”.⁹ Poco antes, Irigoyen le confiaba que, pese a su “actividad intelectual” en Europa, la evolución de la situación política lo haría retornar: “No es V. de los que se estacionarán (...) La situación y su inteligencia no permitirán que se quede”.¹⁰ El recalentamiento de las tensiones políticas en Argentina y, sobre todo, el fallecimiento de su esposa decidieron a Saldías a volver e involucrarse en el emergente movimiento opositor encabezado por la Unión Cívica de la Juventud. En especial, la consigna de una necesaria regeneración patriótica y moral que revirtiera la crisis ocupó rápidamente la imaginación política de Saldías como un *leitmotiv* de sus intervenciones públicas (Reyes 2014). Así, su creciente compromiso se evidenció en todas las instancias relevantes que llevaron a la formación de la UC y la UCR: el acto en el Frontón de Buenos Aires en abril de 1890, el nombramiento de Alem como presidente de la UC, y los preparativos, los combates y la negociación del armisticio ante el fracaso de la llamada “revolución del Parque”, que se erigió en mito fundacional del radicalismo. Como en el caso de otros futuros radicales, ese revés de la política armada no enfrió, sino que, antes bien, intensificó el involucramiento del historiador con esa nueva “causa” regeneracionista.

A mediados de 1891, cuando el sector de la UC encabezado por Mitre llevó adelante el “acuerdo” con Roca y el PAN, Saldías adhirió al sector “radical” encabezado por Alem, en el cual se encontraba Irigoyen (Alonso 2000, Persello 2007). Una de las ramas provinciales que adhirieron a la naciente UCR, la Unión Cívica Popular de San Luis, eligió a Saldías delegado al nuevo Comité Nacional en nombre de “su patriotismo y de las ideas elevadas”,¹¹ mientras que ya había sido comisionado por Irigoyen para que lo representara ante su ausencia.¹² De esta manera, Saldías comenzó a actuar como uno de los “prohombres” del nuevo partido y fue confirmado para el Comité Nacional en las sucesivas reorganizaciones porque atravesó el radicalismo, luego de las revoluciones de 1893 y de la muerte de Alem en 1896. En esta segunda ocasión actuó ya como uno de los artícu-

8 Bernardo de Irigoyen a Saldías, 17/05/1885, 275 (190).

9 Irigoyen a Saldías, 26/02/1889, 276 (40).

10 Irigoyen a Saldías, 14/11/1888, 276 (24).

11 Unión Cívica Popular a Saldías, 15/06/1891, 276 (116).

12 Irigoyen a Saldías, 13/06/1891, 276 (111).

ladores con los comités provinciales,¹³ lo cual demuestra los vínculos personales tejidos en esos años. Su discurso como primer orador en la Convención Nacional de la UCR de 1897 –por los “coalicionistas” frente a los “intransigentes”– refleja ese carácter notable al asegurar que lo que allí se resolviera dependía “de todos sus hombres distinguidos, que interpretan el sentimiento y aspiraciones de la República” (cit. en Gallo 2009, p. 85).

Paralelamente al proceso de institucionalización de la UCR, en 1892 Saldías reeditó y amplió su *Historia de Rosas*, ahora bajo el título de *Historia de la Confederación Argentina*; y las polémicas con Mitre, López, Ramos Mejía y Ernesto Quesada lo instalaron entre las figuras destacadas de un incipiente campo literario. Por eso no todo se trataba de política, como muestra el estado de situación efectuado por un periódico que defendía las posiciones del PAN, *Tribuna*:

Entre los muchos beneficios que nos ha traído la crisis, merece indicarse el pequeño movimiento intelectual que se produce entre nosotros, cuyos síntomas se señalan particularmente por el anuncio de cierta cantidad de libros y por la inauguración de algunas tertulias literarias. Hombres que vivían absorbidos por la política, como Joaquín González V. Castellanos (sic), Saldías y Mantilla, consagran hoy sus fuerzas a la labor intelectual...¹⁴

Efervescencia cultural limitada todavía a círculos estrechos que proponían una “regeneración nacional” a través de la cultura, de la difusión de la producción reciente y la promoción de nuevos talentos. El resultado fue la creación, entre 1892 y 1893, del Ateneo de Buenos Aires, instancia significativa en la conformación de un campo cultural crecientemente autonomizado de –pero todavía sostenido por– la alta sociabilidad tradicional. Saldías fue uno de los invitados para formar parte de esas tertulias y su negativa a involucrarse, en carta a Olegario Andrade publicada en *La Prensa*, es por demás elocuente: esa “asociación de los hombres letrados de mi país” no fijaba un rumbo claro “al alcance de los que pululamos en el campo democrático de las letras”. Embarcándose en Sarmiento, veía el Ateneo como una iniciativa elitista alejada del “común de nuestros conciudadanos” y proponía el modelo más democrático de las asociaciones literarias y científicas de Estados Unidos, nación que consideraba “a la cabeza de la civilización moderna”, en forma de bibliotecas populares que “preparan a las gentes para levantarse por el esfuerzo propio”. Para Saldías el progreso moral del pueblo “en un país nuevo y en plena evolución” se solucionaba alfabetizando a las mayorías mediante un canal clásico: “Con el libro se ha de resolver el problema intelectual”.¹⁵ Con ese espíritu, en 1896 publicó su única novela, *Bianchetto*, un éxito de ventas impulsado por su intercambio con Miguel Cané¹⁶ –un adversario político–. Su amigo del Colegio Nacional consideraba la obra producto de la admiración de Saldías por Sarmiento, al

13 Pedro Molina a Saldías, 24/07/1896; Teófilo Sáa a Saldías, 09/08/1896; José Lencinas a Saldías, 14/08/1896, 277 (324, 337 y 338). Sobre la reorganización de 1896/1897, cfr. Alonso (2000, pp. 270-271).

14 *Tribuna*, 20/06/1892, cit. en Bibbó (2008, p. 2).

15 *La Prensa*, 11/09/1892, en Saldías (1912a, pp. 43-48).

16 Miguel Cané a Saldías, 04/11/1895, 277 (283).

sustentar una mirada progresista sobre la nacionalización de los inmigrantes como “crisol de donde surge una nacionalidad” (Saldías 1896, p. 317). El historiador podía valerse de la gran prensa para fijar posición sobre la evolución de las letras nacionales y de su buena ubicación en ellas para hacer progresar su obra. Lo interesante del Ateneo es que dos de las figuras que podían analogarse a Saldías dentro del radicalismo, Joaquín Castellanos y Carlos Vega Belgrano, abrevaron efectivamente en aquel.

Castellanos (1861-1932) era algo más joven, pero para la década de 1890 ya había sido consagrado en varios certámenes poéticos (García Mérou 1982, pp. 105-115). Estudiante de Derecho salteño, después de participar del alzamiento bonaerense de 1880 ingresó como cronista parlamentario en *La Prensa* y *La República*. El encuentro con Andrade lo llevó a trabajar en el periódico oficialista *La Tribuna Nacional* –donde conoció al presidente Roca–¹⁷ hasta renunciar en 1886 para hacerse cargo de *El Orden* y sostener la candidatura de Irigoyen. Entusiasta del nuevo movimiento opositor, en 1890 Castellanos fue encargado para dirigir *EA* como vocero de la UC y, desde 1891, de la UCR. Como Saldías, en 1892 fue puesto en prisión por el gobierno nacional y desterrado a Montevideo. Liberal e identificado con los valores patrióticos como motivación regeneracionista, participó de la sociabilidad de *La Revista Nacional* de Adolfo Carranza, donde trabó amistad con Martín García Mérou (Castellanos 1981, pp. 21-65). En esa senda se sumó a las actividades del Ateneo en 1894 con una conferencia por el 25 de Mayo titulada “El arte por la patria”, en la que aseguró que Argentina estaba “en déficit intelectual (...) por la falta de aplicación a las necesidades del medio social” (Castellanos 1909, pp. 531-541).

Entonces se encontraba en ascenso la figura de Vega Belgrano (1858-1930) en el Ateneo –que aportaba a su sostén económico–, luego de estudiar en universidades de Alemania y actuar como agregado diplomático en Berlín. Retornado al país, para 1894 ya había participado de la revolución radical en la provincia de Buenos Aires, presidía el club de la UCR de San José de Flores, fundó el periódico *El Tiempo* y pasó a presidir el Círculo de Prensa de Buenos Aires. En el Ateneo efectuó cambios importantes, como trasladar su sede, aceptar la membresía de mujeres y apoyar el ingreso de artistas plásticos y los jóvenes escritores modernistas, como el poeta nicaragüense Rubén Darío y el socialista Leopoldo Lugones. Desde su periódico se dedicó no sólo a la política militante, sino también a elevar la calidad literaria del periodismo con la colaboración de esos escritores de vanguardia (Bibbó 2014)¹⁸ y gracias a sus gestiones Darío publicó en Buenos Aires en 1896 *Prosas profanas*, que dedicó a Vega Belgrano (Darío s/f, pp. 121-134). En 1897, el director de *El Tiempo* se contaba ya entre los “coalicionistas” como vicepresidente del comité de Capital Federal.¹⁹

17 Sobre *La Tribuna Nacional* como vocero del gobierno de Roca y su relación con otros periódicos, ver Alonso 2015, pp. 28-30.

18 Su labor periodística en *El Tiempo* como vocero del radicalismo en Ojeda Silva 2012. En cuanto al lugar del Ateneo en la gestación de un campo cultural autónomo, cfr. Losada 2009.

19 *El Tiempo*, 24/07/1897.

Trayectorias paralelas como estas evidencian que entre la política y la cultura podían darse, en la década de 1890, múltiples cruces en una trama compleja, en la cual las posiciones en uno u otro ámbito no se derivaban sin más de las afiliaciones partidarias, sino que jugaban diversos factores, afinidades electivas y espacios de sociabilidad, superpuestos o diferenciados. En el caso de Saldías, más allá de su negativa al Ateneo, la cuestión puede verse desde la primacía asignada al compromiso político.

Desde la creación de la UC, pareció privilegiar las amistades políticas y, como confiaba a Alem, la “satisfacción de hacer mi deber de ciudadano”.²⁰ El vínculo íntimo entre quienes comenzaban a reconocerse como “correligionarios” en la dirección del radicalismo contó a Saldías en el selecto grupo de “los seis” que rodeó hasta su muerte al líder partidario, junto a Castellanos, Francisco Barroetaveña, Martín Torino, Oscar Lilledal y Enrique De Madrid. Considerado un “espíritu exquisito y cordial”, la casa de Saldías era escenario de la tertulia radical en la que “se comía, se hablaba, se polemizaba”, espacio “de cultura superior y de disciplinas ajenas a la política de comité”.²¹ Esa sociabilidad informal del radicalismo eventualmente permitía integrar a dirigentes provinciales como el catamarqueño Guillermo Leguizamón, que recordaba su paso por la tertulia: “siempre felices y alegres alrededor de su casa (...) metidos en la literatura histórica, crisis, política y revoluciones”.²² Otro que pasó por allí fue el correntino Ángel Blanco, que venía de prisión y exilio en Brasil, siendo presentado en vísperas de la Convención Nacional de la UCR de fines de 1892 (Herrera 1930, pp. 105-106).

Por supuesto, las experiencias de la prisión y del exilio en Montevideo en 1892 y 1893 (de casi seis meses), consecuencia de los planes revolucionarios, reforzaron el espíritu de cuerpo del entorno de Alem y proyectaron el prestigio de los “desterrados políticos”. Alojados en la capital uruguaya, recibían la visita de jóvenes de los clubes radicales porteños con banquetes como al que asistió el joven tucumano Vicente Gallo junto a otros “correligionarios” para rendirles homenaje (Gallo 1921, pp. 14-15). Los contactos del historiador en Montevideo iban desde su amigo Antonino Reyes, antiguo edecán de Rosas que le proveía material para sus investigaciones, hasta editores y periodistas que se ofrecieron a publicar sus contribuciones y las de sus compañeros, mientras facilitaban el acceso a salas de lectura y clubes sociales.²³ En tanto los “proscriptos” celebraban “los triunfos periodísticos de Saldías” (Castellanos 1981, p. 143), este podía publicar en *La Razón* un texto de combate en defensa de la libertad de prensa y de la misión histórica de la UCR para salvar a la república;²⁴ o en *El Heraldo* una aclaración histórica

20 Saldías a Leandro Alem, 12/08/1890, 276 (81).

21 Entrevista a Martín Torino, *Caras y Caretas*, 17/06/1939. De acuerdo con Ezequiel Gallo 2009b, el entorno de Alem estaba imbuido, además, de una comunión de ideas en torno al liberalismo.

22 Guillermo Leguizamón a Saldías, 18/04/1894, 277 (162).

23 J. J. J. y R. de Santiago a Saldías, 12/04/1892; Teófilo Sánchez a Saldías, 13/04/1892; Tarjeta del Club Uruguay a Saldías, 12/04/1892, 276 (164, 171 y 166).

24 *La Razón*, 12/12/1893, en Saldías (1912c, pp. 55-59).

sobre textos de Sarmiento.²⁵ Pero ya como director de *EA* en el exilio dio a conocer un folleto reivindicatorio de la figura de Alem (preso en Rosario) que –impreso con una fotografía del líder radical– tuvo gran circulación entre la militancia radical, incluso en las provincias.²⁶ Cabe aclarar que Saldías no fue el único exiliado que llevó a cabo este tipo de tareas y Barroetaveña publicó un largo texto en el que repasaba los males de la política argentina y las soluciones del radicalismo (Barroetaveña [1894] 1912, pp. 87-111).

Lo relevante del panegírico montevideano dedicado a Alem tenía que ver también con la concepción política que incubaba y que, junto a otros escritos y homenajes posteriores, contribuyó a moldear la identidad radical (Alonso 2000, Gallo 2009b). Saldías no dejaba de ubicarse como enunciador autorizado, pero existía una figura excluyente:

No son los hombres de mayores talentos los que han realizado esos bienes [‘impregnar las conciencias y hacerse carne del corazón de los pueblos’]: son los más virtuosos (...) hay una fuerza popular (...) un hombre que lleva en sus manos, por investidura solemne del pueblo, la bandera de principios de la Unión Cívica Radical. (...) Ese hombre es Leandro N. Alem.

Alem es una expresión de la virtud cívica (...) porque lo es, el pueblo cree en él y concurre con sus mejores anhelos a la obra a que él dedica su existencia: y le consagra sus acariñadas simpatías, y se mueve como un hombre ante su palabra levantada y patriótica.

(...) Lo digo yo, Adolfo Saldías, uno de los últimos ciudadanos argentinos: que nada debo a Alem ni a ningún político de mi país, donde me he creado el derecho de decir y escribir con independencia lo que tengo por verdad.²⁷

Esa noción de virtud cívica y su encarnación en determinados tipos de dirigentes y militantes circulaba profusamente en la prensa radical, en las asambleas de clubes y comités, así como en las manifestaciones públicas que agitaron la política de esos años. Los múltiples discursos del propio Alem en esas multitudinarias concentraciones reforzaban esta concepción. Por ejemplo, en la segunda conmemoración de la revolución santafesina de 1893 en Rosario expresó desde un balcón ante miles de seguidores que “no era estéril esa sangre derramada” y que “el talento no valía nada sin el carácter; que la inteligencia por sí sola no tenía valor ni mérito”. Dejaba vislumbrar, además, una cierta idea de la relación entre conductor y seguidores: “un pueblo que sabe que cuando se le cierran los caminos de la ley para impedirle el ejercicio de sus derechos le queda abierto el camino de la revolución (...) sólo necesita que le den su consigna para marchar a la lucha como los bravos”.²⁸

Con todo, una tarea menos visible en esos años, pero no menos importante, fue la presencia de Saldías en el diseño de las convenciones nacionales de la UC y la UCR, asambleas que demandaban un equilibrio entre los actores convocados y fijaban la estrategia a seguir. En vista de las presidenciales posteriores a la revolución del Parque,

25 *El Heraldo*, 19/01/1894, en Saldías (1912a, pp. 81-84).

26 “Leandro N. Alem”, Montevideo, noviembre de 1893, en Saldías (1912c, pp. 61-82); Plácido Echegaray a Saldías, 12/12/1893; Juan Garro a Saldías, 20/01/1894; José Lencinas a Saldías, 14/08/1896, 277 (89, 123 y 338).

27 “Leandro N. Alem”, Montevideo, noviembre de 1893, en Saldías (1912c, pp. 61-66).

28 *El Municipio*, 17/08/1895.

Saldías esbozó un proyecto de convención para la UC que –no casualmente– incluía a los letrados “que han abonado el estudio de una de las épocas (...) en que se conceptúa dividida la historia política argentina”;²⁹ y para la Convención Nacional fundacional de la UCR en 1892 Barroetaveña redactó la Carta Orgánica sobre la base de un texto de Saldías. El historiador contaba con la confianza de sus pares para poder solucionar “la necesidad de los partidos organizados”.³⁰ Pasada su etapa como director de EA, su cercanía a Alem e Irigoyen contribuyó para que fuera encargado de bocetar la convención que debía reunir al radicalismo en un momento de reflujo,³¹ que por la muerte del primero se postergó hasta el año siguiente.

Estas conexiones eran importantes para la propaganda partidaria, pero en el caso de Saldías provenían de su capital intelectual, así como de su posición preeminente en la organización partidaria, para ganar un protagonismo en las filas radicales que no resulta sencillo auscultar. Tampoco estaba alejado de las bases partidarias, al presidir el club parroquial de San Nicolás, lo que incluía conferencias para afiliados, presentación de dirigentes o desfiles callejeros (Reyes 2016). Una vez asumida la dirección de EA, su figura fue objeto de un reconocimiento especial: la creación de un club con su nombre. Este “club independiente” –con más de ochocientos afiliados– organizó y movilizó a individuos que hasta entonces no estaban encuadrados para participar de las elecciones legislativas de mediados de 1893 y en las grandes manifestaciones de ese año y del siguiente por el aniversario revolucionario. De acuerdo con sus autoridades, se trataba de “una demostración de aprecio por vuestros méritos y sacrificios que siempre habéys propendido en bien de las libertades del Pueblo Argentino” (*sic*).³²

Más sintomático del perfil de Saldías resultó el cruce entre de su capital político y su capital intelectual producto de la aparición, en 1894, de una versión abreviada de la HCA, iniciativa de uno de sus contactos uruguayos;³³ de allí el sello montevideano de la edición original de dos mil ejemplares que se complementó con una segunda de cuatrocientos en Rosario, costeadada por un viejo dirigente de la UCR, el coronel Prudencio Arnold (Saldías 1894). La ciudad santafesina era uno de los bastiones del radicalismo con más de diez clubes entre los que el militar repartió los ejemplares (Bohdziewicz 2004). Saldías entendía bien los diversos registros en que debía moverse como historiador, publicista y divulgador, cuando escribía a Reyes sobre la circulación de su HCA:

Esta clase de libros comienzan por tener auge, si lo logran en cierta clase de personas; y es después cuando lo tienen entre el pueblo. Sucede lo mismo en las ideas. Se diría que hay que amasarlos al gusto del pueblo para que éste los trague después y se posesione de ellos.³⁴

29 Saldías a Mariano Demaría, 23/09/1890; Bernardo de Irigoyen a Saldías, 23/09/1890, 276 (90 y 93).

30 Barroetaveña a Saldías, 14/11/1892, 276 (252).

31 Irigoyen a Saldías, 28/05/1896, 277 (314).

32 José García y Victorino Llerena a Saldías, 03/08/1893, 277 (1).

33 Julio Cantera a Saldías, 28/01/1894, 277 (128).

34 Saldías a Antonino Reyes, 1892, cit. en Bohdziewicz (2004, p 170).

Esta concepción estratégica de su actividad intelectual muestra la oscilación de una personalidad que había forjado una trayectoria reconocida como autor y una visibilidad política inmejorable. Cruces entre política y cultura que remiten a otras dos cuestiones: el vínculo del letrado con el Estado y con las elites intelectuales. En cuanto a lo primero, Saldías se jactaba de ser un autor opositor defensor de la libertad, pero de joven había colaborado con Sarmiento en cuestiones educativas, desde mediados de la década de 1880 pasó a actuar como miembro del Consejo Escolar de la provincia de Buenos Aires³⁵ y a inicios de la de 1890 el Consejo Nacional de Educación lo nombró en la Comisión Revisora de Textos para Historia y Geografía. No obstante, en el punto álgido de la conflictividad política de esos años renunció a ese puesto mediante una carta –que se encargó de publicar en la prensa radical– contra el “absolutismo partidista” del ministro de Educación que supuestamente negaba cargos a los miembros de la UCR, para cerrar con reflejo militante: “Es claro, también: soy radical”.³⁶ Si se tiene en cuenta que, en un momento incipiente del campo intelectual, el Estado ofrecía una inserción segura para las carreras intelectuales (Losada 2009, pp. 209-210), Saldías privilegió otros canales más autónomos. Su trayectoria posterior lo integró en los elencos políticos de la república oligárquica, manteniendo su independencia como autor.

Animador de la sociabilidad tertuliana en la Buenos Aires finisecular, las político-partidarias no fueron las únicas que Saldías promovió. Su correspondencia muestra que acogía regularmente a viejos literatos y nuevos talentos: los poetas Leopoldo Díaz y Juan José García Velloso le presentaron al recién llegado Rubén Darío,³⁷ que al mismo tiempo era introducido en los salones que animaron los orígenes del Ateneo. Siendo el nicaragüense amigo del poeta y militante radical Diego Fernández Espiro (secretario del Comité Nacional en 1891 y colaborador de *EA*) en la bohemia porteña de cafés y redacciones periodísticas (Darío s/f, pp. 121-128), llama la atención que no tuviera respuesta de Saldías su pedido para que emitiera, como director de *EA*, su opinión sobre “la cuestión social contemporánea” para promocionar la *Revista de América*.³⁸ Puede hipotetizarse que los vínculos de los modernistas con otras tertulias, su ingreso al Ateneo o su apuesta estética generaran resquemor en Saldías, pero este no era ajeno a sus iniciativas. Eso lleva a profundizar sobre el tipo de empresa político-periodística que fue para Saldías el órgano partidario.

LA EXPERIENCIA DE EL ARGENTINO

Saldías asumió formalmente la dirección de *EA* el 1 de julio de 1893, cuando la actividad conspirativa del radicalismo estaba en pleno auge. Sin embargo, ya venía haciéndose

35 Dirección General de Escuelas a Saldías, 01/10/1885, 275 (197).

36 *La Libertad* (Córdoba), 30/01/1893, en Saldías (1912c, pp. 21-26).

37 Leopoldo Díaz a Saldías, 23/08/1893; Juan José García Velloso a Saldías, 07/09/1893, 277 (12 y 25).

38 Rubén Darío a Saldías, 09/08/1894, 277 (200). Saldías tampoco le dio la bienvenida en *EA* a la revista modernista, como lo hicieron, en cambio, *La Nación* y *La Prensa* (*Revista de América*, n° 1 y 2, 19/08/1894 y 05/09/1894).

cargo desde inicios de ese año³⁹ en medio de una transición por la renuncia de Castellanos, enfermo durante la prisión en 1892. Ya en la primera mitad de 1893, Saldías había publicado un estudio político-literario, *Cervantes y el Quijote*, cuyo argumento estaba en consonancia con la crítica autiautoritaria de los radicales; pero el análisis erudito demostraba, sobre todo, un profundo conocimiento de la historia política española mediante una lectura simbolista del Quijote y Sancho como exponentes “de la aristocracia conservadora y de la democracia pura”, síntesis de “la fórmula modernísima del gobierno democrático” (Saldías 1893, pp. 88 y 267).⁴⁰

La etapa de la dirección del diario pudo reflejar alguna de estas ideas, pero le quitó tiempo para sus trabajos históricos de largo aliento y conllevó sobresaltos con las revoluciones provinciales de julio y la fallida nacional de septiembre de 1893, por la cual, hasta inicios de 1894, Saldías estuvo preso en un buque y exiliado nuevamente en Montevideo. En esos meses, *EA* fue clausurado y luego apareció con las modificaciones exigidas por la censura impuesta por el estado de sitio.⁴¹ A su retorno, el periódico fue reorganizado:⁴² mudó su local cerca de plaza de Mayo, se hicieron cambios en su redacción y se amplió sus dimensiones (Gallo 2006, pp. 24-25). El contexto ya era diferente, la UCR había triunfado en las elecciones legislativas nacionales en Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, aumentó sus recursos económicos y Saldías accedió a una banca de senador bonaerense.

La gestión de Saldías, extendida hasta diciembre de 1894, gozó del pleno apoyo de las máximas autoridades de la UCR. Asistido por Alfredo Demarchi –miembro de los Comités de la provincia de Buenos Aires y Nacional de la UCR–, el director triangulaba regularmente con Irigoyen y Alem. Esa relación implicaba un seguimiento de la línea editorial,⁴³ permitió a Saldías ganar protagonismo como cara visible de la propaganda partidaria y –según representantes de la Juventud Radical de Rosario y Paraná– erigirse en “campeón de nuestra causa”.⁴⁴ Como ha consignado Alonso, el rol de *EA* resultó fundamental al preparar el terreno para la revolución de 1890, pero, sobre todo, como vocero de la UCR al dotar a su discurso público con un lenguaje de oposición que legitimó los alzamientos armados de 1893 y denunció los cambios introducidos por el PAN (Alonso 2000, pp. 150-163).

Fogueado en el periodismo, con buenos contactos en los principales diarios porteños,⁴⁵ su posición lleva a plantearse el rol del letrado en un diario político, como lo era *EA*. En un clásico trabajo, Tim Duncan problematizó el caso de Groussac en el

39 Alfredo Demarchi a Saldías, 08/01/1893, 276 (273).

40 Sobre el argumento político de Saldías y su conocimiento de la literatura cervantina, a la que comparaba con la de la Antigüedad clásica, ver Burucúa 2016.

41 Puesto que no se podía publicar información sobre los revolucionarios, la columna editorial aparecía en blanco como decisión política.

42 Demarchi a Saldías, 26/01/1894, 277 (125).

43 Esto vale sobre todo para Irigoyen, quien pasaba mucho tiempo en su estancia, mientras lo más seguro es que Alem se encontrara mucho más cerca de Saldías y la redacción de *EA*.

44 Cecilio Juanto a Saldías, 15/12/1894; Plácido Echegaray a Saldías, 16/05/1894, 277 (241 y 160).

45 El editor jefe de *La Prensa* promovió la aparición de una reseña de la *Historia de la Confederación* y

periódico juarista *Sud-América* y aseguró: “Si alguien escribía bien o podía alardear de mejor pluma que la común, tanto mejor, pero el talento que realmente contaba para la empresa era político.” (Duncan [1980] 2007, p. 69). Con todo, a lo largo de la década de 1890 la relación entre prensa y política comenzó a sufrir algunos cambios, en función de la ampliación del mercado de bienes culturales y la necesidad de buscar nuevos lectores e interpelar a sectores sociales que trascendieran su círculo inmediato de seguidores. Esto fue resuelto de forma más exitosa por “la gran prensa”, como comprobaron los socialistas de *La Vanguardia* frente al gigante *La Prensa*.⁴⁶

A diferencia de la función más precisa que el “intelectual de partido” socialista cumpliría en un órgano como *La Vanguardia*, controlado por el Consejo Ejecutivo del PS, el papel de Saldías y sus colaboradores tenía menos que ver con definiciones teóricas que con sintetizar –en los términos del lenguaje adoptado por la UCR– lo que se definió como la “causa radical”. El miembro del Comité Nacional aportaba un plus frente a sus pares, un saber especializado más estilizado que (aunque no disonante con) la retórica militante. Buen conocedor de la historia político-constitucional y de las ideas de la “generación de 1837”, estos conocimientos constituían un insumo relevante para el debate cívico durante la república oligárquica. Eran buenos argumentos en la crítica liberal, conectaban con una prestigiosa tradición intelectual y abrevaban en la empresa de regeneración política del país, en la senda del progreso institucional y civilizatorio.

Antes de asumir la dirección, había publicado un texto doctrinario en *EA* que legitimaba en la historia política del país las opciones de la UCR. Bajo el argumento de que la “dictadura de Rozas” impuso a sus enemigos “los auspicios de un absolutismo análogo en tendencias al que pretendió derrumbar”, comparaba la presidencia de Luis Sáenz Peña y concluía que “el que no está con el gobierno (...) es más que opositor, es enemigo”. Para Saldías era necesario retomar el camino trunco de la revolución del Parque e impulsar “las palpitaciones casi diarias de nuestra vida democrática”, al asignar al radicalismo una misión regeneracionista porque –a su entender– un pueblo que se sometía a la dictadura “ha degenerado en su espíritu y en su sangre”.⁴⁷ Saldías destacó la importancia de su posición en *EA* para revertir la decadencia:

Considero como un honor la tarea que me han impuesto mis amigos de la Unión Cívica Radical en las presentes circunstancias, cuando la República se encuentra en un descenso peligroso (...) buscando en las fuentes naturales de la razón y de la opinión, el poder que la pasión puede prestarle para desenvolverse en orden y libertad.⁴⁸

el propietario de *El Diario* ofrecía sus páginas a Saldías y los radicales exiliados en Montevideo (Alfredo Dávila a Saldías, 22/08/1892; Manuel Láinez a Saldías, 14/04/1892, 276 [232 y 174]).

46 Sobre estas transformaciones en el periodismo finisecular, para *La Prensa* cfr. Rojkind y para los dilemas de *La Vanguardia* cfr. Buonuome 2017; también Bibbó 2008 y las reflexiones generales de Alonso 2015.

47 *EA*, 16/01/1893.

48 *EA*, 01/07/1893.

No resulta sencillo reconstruir la composición del *staff* que lo acompañó al frente del periódico partidario. Los principales nombres ilustran los contornos, más o menos heterogéneos, de una empresa que era antes que nada política. Pero esta demandaba competencias propias del mundo letrado, sin descuidar asuntos de interés general que podían atraer un público más amplio. En primer lugar, Demarchi (1857-1937) parece haber actuado como parte de la gestión política y administrativa de EA. El futuro vicegobernador de Irigoyen enlazaba la conducción nacional de la UCR –encargada del sustento financiero– con el importante bastión bonaerense encabezado por Hipólito Yrigoyen.⁴⁹ También colaboraba, en la redacción, con traducciones de periódicos alemanes,⁵⁰ gracias su formación de ingeniero en universidades suizas.

Una figura singular por su trayectoria era el exiliado republicano español Luis Ricardo Fors (1843-1915). Abogado, masón y exiliado desde la década de 1860 en varios países de América Latina, se desempeñó como periodista, traductor de francés e inglés y, por ejemplo, fundó el Ateneo Científico y Literario en Montevideo, donde entró en contacto con los exiliados radicales. Divulgador de la obra de Cervantes como Saldías, en 1895 historió la revolución bonaerense de 1893, para arribar en 1898 a la dirección de la Biblioteca Pública de La Plata (Fernández 2005, pp. 17-67). Un polígrafo de este tipo constituía un actor altamente calificado para la producción de un periódico.

No deben sorprender las diferencias entre Fors y el perfil de los redactores que recalaron en periódico como militantes o por vínculos con dirigentes. Es el caso de Antonio Lamarque, abogado y empleado de la policía, quien comenzó como reportero gracias a Saldías;⁵¹ o el de Aquileo González Oliver, miembro del club de San Telmo y futuro comisario de policía bonaerense, que informaba a Saldías de las intimidaciones del gobierno.⁵² Por su parte, los jóvenes cordobeses Juan Nosiqlia y Manuel Ferreyra Bonorino se sumaron por recomendación de Juan Garro y Pedro Molina.⁵³ De estos la dirección podía esperar compromiso político, pero no escasearon las tensiones en la gestión, sobre todo ante la ausencia de Saldías y la reorganización interna de 1894.⁵⁴

La única relación discipular que logró construir Saldías como director fue con un jovencísimo Manuel Ugarte (1875-1951), que se destacaría como escritor en el modernismo literario. El intercambio epistolar revela que revistaba en la redacción de EA y su adhesión al radicalismo (lo llama “mi estimado director” y “su correligionario y respetuoso amigo”). En una reseña posterior de Saldías a un libro de Ugarte, el primero expresaba: “por qué no hablarle ahora como le hablaba en *El Argentino*, como le hablé

49 Demarchi a Saldías, 26/01/1894, 277 (125).

50 Redactor de EA a Saldías, 28/11/1893, 277 (80).

51 Antonio Lamarque a Saldías, 20/09/1893 y 20/11/1893, 277 (40 y 79).

52 A(quileo). González Oliver a Saldías, 21/10/1893, 277 (60).

53 Molina a Saldías, 26/06/1893; Juan Garro a Saldías, 20/01/1894, 276 y 277 (323 y 123).

54 Domingo Martínez a Saldías, 21/10/1893, 277 (64).

cuando publicó usted su libro de versos”.⁵⁵ El tono paternal de Saldías contaba con la retribución del que se consideraba “discípulo” mediante “el saludo que el oscuro soldado envía desde el llano, al luchador glorioso que está en la cumbre”,⁵⁶ proyección de una imagen heroica del director. El “maestro” apoyó el primer emprendimiento editorial de Ugarte, *La Revista Literaria*, que apareció entre 1895 y 1896 con contribuciones del propio Saldías⁵⁷ y hasta un poema del joven dedicado a la muerte de Alem, antes de su acercamiento a Rubén Darío y al socialismo (Merbilhaá 2009, p. 375).

La presencia de un personal variopinto en la redacción da cuenta de un espacio de sociabilidad singular y de los cruces que allí podían darse. El punto vale, asimismo, para la etapa posterior, la última de EA, a cargo de Lisandro de la Torre, como testimonio en sus recuerdos el santafesino Martín Aldao. Redactor junto a algunos que devinieron dirigentes de primer orden de la UCR, como Marcelo de Alvear, José Luis Cantilo o Vicente Gallo, Aldao referencia la camaradería en el local del diario, los cafés y los teatros porteños. También permite comprender el espacio como una instancia de convivencia entre distintas afinidades dentro del propio radicalismo (los jóvenes porteños cercanos a Yrigoyen o el mismo Gallo introducido por Alem) (Aldao 1926, pp. 7-30).

Al igual que Vega Belgrano con *El Tiempo*, las sucesivas etapas de EA en la década de 1890 muestran toda una trama político-cultural más o menos informal alrededor de la cual giraban tertulias y otro tipo de iniciativas, como las revistas literarias en las que participaban con distintos roles dirigentes y militantes del radicalismo. Pero las relaciones más importantes generadas por Saldías en esos años fueron las más estrictamente políticas, redimensionadas por su función articuladora. Esta posición estratégica se retroalimentó con su rol como dirigente. Sus vínculos fueron particularmente estrechos con otro dirigente-periodista, el cordobés Molina, desde que este abogado y terrateniente adquiriera la propiedad del periódico *La Libertad* en 1892.⁵⁸ El futuro adversario de Yrigoyen por la conducción de la UCR no sólo mantenía a Saldías al tanto de la prensa cordobesa, sino que también publicó en su diario algunas cartas públicas y discursos del historiador o le informaba de reseñas de sus obras. El historiador remitió oportunamente a Molina su *HCA* o *Bianchetto*, que el cordobés agradecía como producto de su “pulida pluma”.⁵⁹ La colaboración se estrechó con la reorganización de 1896, cuando Saldías llegó a sugerir que Molina podía ser candidato presidencial del radicalismo (De Vedia 1954, p. 223).

Menos horizontales fueron contactos con figuras menores, como el director del periódico radical de Concordia –*El Amigo del Pueblo*–, cuando en una actitud bastante

55 “Paisajes parisienses, por Manuel Ugarte”, 12/10/1901, en Saldías (1912a, pp. 123-128).

56 Ugarte a Saldías, 19/10/1893 y 21/11/1893, 277 (52 y 77).

57 Saldías (1912a, pp. 93-95) aportó traducciones de poemas de Catulo, *La Revista Literaria*, nº 11 y 12, diciembre 1895 y enero 1896.

58 Molina a Saldías, 18/09/1892, 276 (241). Para la trayectoria de Molina, cfr. Fernández Seffino 2017.

59 Molina a Saldías, 18/05/1893 y 24/07/1896, 276 y 277 (308 y 324).

sistemática, luego de que Saldías donara libros a la biblioteca del periódico (incluida su *HC*), aquel prometió remitir regularmente su hoja a la redacción porteña.⁶⁰ Esta circulación de obras eruditas y voceros partidarios era la contraparte de la asociación de *El Amigo del Pueblo* con Ángel Blanco, caudillo radical de la costa del río Uruguay, al que Saldías recibiera en su tertulia política (Herrera 1930, pp. 116-119).⁶¹

Estos casos de radicales provincianos vinculados con el historiador en diferentes niveles revelan los diversos rostros de su personalidad. Saldías se erigió en un notable de la UCR por partida doble: su capital cultural complementaba y potenciaba su rol como dirigente y viceversa, lo que se advierte en la relación con *Don Quijote*, popular periódico satírico favorable al radicalismo. Propiedad del dibujante y republicano español Eduardo Sojo, la hoja exaltó desde el primer momento a los dirigentes de la UC y del radicalismo como exponentes de la virtud cívica. *Don Quijote* encontró en Saldías y EA un par al que se le reconocía un lugar deferente. Pero bajo la superficie se vislumbra una colaboración sobre la base de esa afinidad política, ya que, exiliado Saldías, desde la redacción de *Don Quijote* se le informaba del traslado de ejemplares entre las dos orillas.⁶² Tiempo después Sojo le escribía a su “distinguido amigo y correligionario” para agradecerle el envío de un libro (posiblemente su *Cervantes*) y recordarle su paso por la casa de Alem.⁶³

La etapa de EA no estaría completa si no se alude a los principales tópicos trabajados por el periódico entre 1893 y 1894. Saldías se ocupaba personalmente de escribir la columna editorial (en blanco durante la censura de fines de 1893)⁶⁴ y, por lo tanto, no firmaba todos sus textos. Además de la propaganda electoral, el historiador legitimó la violencia revolucionaria que caracterizó al primer radicalismo. Así lo plasmó en el homenaje por el aniversario de la revolución del Parque (unión “[d]el pueblo y el Ejército” y “labor regeneradora”)⁶⁵ y en la justificación de las revoluciones provinciales de julio de 1893: “principio anterior a todo (...) derecho del ciudadano sin lo cual no hay forma republicana de Gobierno”.⁶⁶ Esta prédica estaba en perfecta consonancia con los argumentos liberal-republicanos esgrimidos por otros voceros del radicalismo. Como bien señalara Alonso (2000, p. 201), para encarar en 1894 un debate técnicamente más específico como el de las tarifas aduaneras y la posición librecambista de la UCR en el Congreso, Saldías descansó en el diputado Barroetaveña, que envió varias colaboraciones a EA.⁶⁷ Pero la escalada del conflicto limítrofe entre Argenti-

60 Fernando Méndez a Saldías, 03/06/1893 y 26/06/1893, 276 (312 y 320).

61 Méndez a Saldías, 25/12/1892; Blanco a Saldías, 13/01/1893 y 29/04/1893, 276 (262, 267 y 289).

62 A. Ossorio a Saldías, 01/12/1893, 277 (83).

63 Eduardo Sojo a Saldías, 19/02/1895, 278 (252).

64 Redactor de EA a Saldías, 28/11/1893, 277 (80).

65 EA, 26/07/1893.

66 EA, 01/08/1893.

67 Barroetaveña a Saldías, 07/09/1894, 277 (221).

na y Chile ese mismo año constituyó la oportunidad para que el entonces senador bonaerense complementara su prédica liberal con ideas nacionalistas cada vez más significativas en sus escritos (Reyes 2014).

En este punto no se coincide con Alonso cuando asegura que luego del fracaso de las revoluciones de 1893 el periódico partidario dejó de centrarse en “cuestiones sensibles” (Alonso 2000, p. 201). Desde mediados de 1894, *EA* mantuvo una dura línea editorial titulada “Defensa nacional”, donde se criticaba la supuesta indolencia del gobierno ante las iniciativas chilenas y acicateaba la necesidad de una carrera armamentística para “defender la bandera y la soberanía de la Nación”. De forma significativa, la hoja de Saldías argüía que “Como diaristas, y más que todo, como argentinos, estamos en el deber de proceder como procedemos”.⁶⁸; tarea en la que tuvo un fluido intercambio con el teniente de marina Gerardo Valotta, exiliado en Montevideo por la revolución de septiembre de 1893. El militar se ocupó de asesorar al historiador sobre la industria armamentística, así como de posibles negociados del ministro de Guerra,⁶⁹ cuestiones señaladas anónimamente como “opinión autorizada”.⁷⁰ En tono exaltado, el periódico incluso amenazó al ministro con denunciarlo por el “tremendo delito de traición a la patria”.⁷¹ Consignas de ese tipo no necesariamente respondían a un antiliberalismo que sólo cobró coherencia en la política argentina décadas después, pero efectivamente mostraban un cambio en el debate político. Al igual que en otros diarios, la política doméstica no fue el único eje del órgano oficial del radicalismo en esos años y el conflicto con Chile dio aire a preocupaciones de más largo aliento de Saldías.

MIRADAS SOBRE EL LETRADO COMPROMETIDO

Ya se ha visto en la respuesta a propósito del Ateneo cómo entendía Saldías su lugar en la república de las letras, que enaltecía un capital diferencial en su contribución al radicalismo, lo que refrendaría de forma recurrente y le permitía exaltar la autonomía de su voz pública. En su presentación como director del periódico radical, había expresado:

(...) inspirándome en las corrientes de la opinión pública, seguiré en las columnas de EL ARGENTINO ejercitando el derecho que me he creado en mi país, de decir públicamente lo que tengo por verdad, con la independencia que me ha proporcionado la circunstancia de no haber dependido jamás de los gobiernos, ni debídole a personalidad alguna otros favores que los que se dispersan recíprocamente los hombres cultos en la sociedad.⁷²

Saldías legitimaba su lugar dentro del radicalismo a partir de sus conocimientos y su capacidad de palabra; sin embargo, reconocía que el compromiso partidario conlleva-

68 *EA*, 30/06 y 01/07/1894.

69 Gerardo Valotta a Saldías, 28/07, 07/09 y 05/10/1894, FASJAF, 277 (190, 220 y 231).

70 *EA*, 03/07/1894.

71 *EA*, 04/07/1894.

72 *EA*, 01/07/1893.

ba un costo y así lo explicitó a su editor uruguayo en 1894, al mencionar la tensión inherente entre el largo aliento del trabajo erudito y las urgencias de la actividad pública:

El individualismo moderno que empuja al hombre, á cualquier hombre, á ser el agente obligado de la multiplicidad de relaciones que abarcan su vida social y política; la propia responsabilidad aparejada á ese individualismo que le impone deberes ineludibles de diverso orden, absorben un tiempo que representa una buena parte de la corta existencia, y arrebatan el reposo que demanda esa pesada labor intelectual...⁷³

Entre los interlocutores privilegiados se encontraba ese colectivo identificado con el idealismo de la coyuntura iniciada en 1889 que era la “juventud”, caracterizada por Saldías en el primer aniversario del Parque como la “nueva generación” –referencia a la de 1837–, “encarnación dirigente del instante y de los sentimientos del pueblo”.⁷⁴ Un actor que en esos años, bajo diversos avatares, retribuyó ese reconocimiento que explica la relativa popularidad de Saldías. Gran número de bibliotecas, asociaciones juveniles y patrióticas de Capital Federal y de distintas provincias le solicitaban ejemplares de sus obras o su participación como autoridad honoraria y Saldías se encargó de hacer públicas muchas de estas comunicaciones. Así, aceptó la del Centro Patriótico “José de San Martín” poniéndose “al servicio de los nobles propósitos de la juventud estudiosa y patriótica”.⁷⁵ Esto demuestra tanto su notabilidad política y su visibilidad desde el periódico partidario como lo infundado de los planteos posteriores del revisionismo respecto de que se le había negado reconocimiento público.

Entre sus interlocutores, el principal calificativo al que aparece asociado es el de “patriota” comprometido con una causa nacional y con valores nobles y elevados que trascendían la lucha partidaria. Esta imagen fue reproducida ilustrativamente por *Don Quijote*, que se abstenía de ridiculizar a los radicales por considerarlos abanderados de una causa popular (Román 2001, p. 9). Esto le valió, en 1893, ser representado como director de *EA* en una viñeta en la que se celebraban las revoluciones provinciales, sus líderes y el liderazgo nacional de Alem. Al año siguiente, se lo podía ver con la hoja partidaria en una mano y una enorme pluma en la otra,⁷⁶ sintetizando al hombre de letras políticamente comprometido. Pero ese capital diferencial no siempre fue celebrado, por eso otro medio satírico como *El Mosquito*, contrario a los radicales, lo recibió irónicamente: “*El Argentino* en poder de Saldías es como una navaja de barba en poder de un loco. / ¿Han visto los cortes que pega? / ¡Lástima que no saquen sangre!”.⁷⁷ No obstante, un reportero del principal vocero del PAN podía destacar su posición en el radicalismo por su talante de hombre culto y afable (De Vedia 1954, pp. 221-223). Estas

73 Saldías a Camilo Vidal, marzo de 1894, en Saldías (1894, p. 11).

74 *EA*, 26/07/1891.

75 *EA*, 21/06/1894. El pedido del centro, en Rodolfo Esquert a Saldías, 16/06/1894, 277 (172). Otras instituciones eran de Chivilcoy, La Plata, Santa Fe, Dolores, Catamarca y Gualaguay.

76 *Don Quijote*, 13/08/1893 y *Almanaque* de *Don Quijote* para 1894.

77 *El Mosquito*, 09/07/1893.

características lo habían convertido en el anfitrión ideal para la tertulia de “los seis” que rodeaban a Alem o la figura protectora con que lo invistiera Ugarte, quien veía en Saldías y los exiliados a “los que nos han arrancado a nosotros de la cuna de las ilusiones infantiles para infundirnos el amor de la patria con teorías y con ejemplos”.⁷⁸

Uno de los mejores retratos fue el esbozado por Castellanos, dirigente y escritor que le reconoció a aquel una preeminencia intelectual. En sus recuerdos de prisión y destierro, el profesor de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1896 confirmaba ese talante de Saldías. Castellanos aseguraba que el historiador “era capaz de afrontar cualquier peligro (...) pero nerviosamente”. En esa imbricación de funciones y actitudes se presentaba un contrapunto con otro íntimo de Alem: Oscar “Liliedal era el tipo del hombre de acción, Saldías el de pensamiento; refinado en sus costumbres, vivía protestando contra las brusquedades”. El aire distinguido de Saldías en esa primera conducción del radicalismo podía basarse en su carácter, pero también en la jactancia por su obra:

Liliedal, como todos los demás compañeros, respetaba, en el fondo, el valor de aquel trabajo y estimulaba personalmente al autor; pero en la forma se despachaba con un desparpajo irreverente respecto al historiador, cada vez que éste asumía ante él actitudes pontificiales, encaramándose en el pedestal de los ocho o diez libros que tenía publicados. (Castellanos 1981, pp. 150 y 159-160)

Si se tienen en cuenta textos de Saldías como su polémica con López, se comprende mejor que la mirada de los otros no hacía sino devolver la imagen de alguien cuya legitimidad en la plana mayor de la UCR se fundaba, antes que nada, en su labor intelectual.

CONCLUSIONES

Al inicio de este trabajo se partió de constatar la existencia de escasos trabajos dedicados a las figuras intelectuales de los primeros años del radicalismo. Pero, según se expuso, en la UCR original no escasearon los hombres de letras comprometidos. Aquí el foco estuvo puesto en Adolfo Saldías, dirigente partidario que no dejó de lado su actividad como productor y mediador cultural, cuando dicho campo recién estaba tomando contornos más definidos y diferenciados. Su labor como director del periódico radical y sus regulares intervenciones públicas en otras publicaciones, los vínculos construidos y ciertos intercambios sostenidos con pares ejemplifican lo mucho que el tema todavía puede profundizarse. Otros casos similares y cercanos – como Castellanos o Barroetaveña– pueden completar este cuadro y aportar matices, tensiones y nuevos cruces a un fenómeno que parece haber sido transversal a las diferentes fuerzas políticas.

Las características que comenzó a asumir la UCR en su primera década –y, sobre todo, con las reorganizaciones del 1900– pretendían ser las de un “partido de princi-

78 Ugarte a Saldías, 21/11/1893, 277 (77).

pios". Aunque estaban lejos de ser las de un "partido de ideas", de "política positiva" o "científica", como se quería el PS o de colocar en el centro a los "hombres de pensamiento" en tanto tales. Esto se refleja en el mensaje difundido por el radicalismo respecto a una concepción heroica de la política que le imprimió un tono distintivo, como al reivindicar la violencia revolucionaria en nombre de una misión regeneracionista. Quienes mejor encarnaban el espíritu de esa identidad política eran los líderes abnegados y los ciudadanos-soldados, dispuestos a dar su vida por una causa sagrada (Reyes 2016). En tanto, en el naciente socialismo al "obrero consciente", como militante ideal, lo complementaba el "trabajador intelectual" (Falcón [1986] 2011, p. 189; Tarcus 2013, pp. 356-357).

En tren de simplificar tipologías (mucho más complejas, hibridadas y largamente discutidas), y más allá de la consabida estructura organizativa en comités y convenciones –por lo demás, altamente inestable, producto de los flujos y reflujos de la política de esas décadas–, el radicalismo se construyó tempranamente para sus dirigentes y seguidores como una fuerza de tipo carismática. Ejemplo de ello fueron textos como el mencionado folleto de Saldías en el exilio montevideano y la exaltación emocional de Alem como redentor de la patria. Signada por fuertes liderazgos, como el de aquel y el de Yrigoyen después, para los fieles en la "causa" estos aparecían como "guías de los hombres, 'llamado[s]' interiormente a eso, y que éstos se le someten no en virtud de una costumbre, sino porque creen en él". De acuerdo con el clásico planteo del sociólogo alemán, contemporáneo de estos procesos, el carisma se presentaba en la política occidental del cambio de siglo encarnado en las figuras del "demagogo" y del "jefe de partido" (Weber 2007, pp. 90-91);⁷⁹ de allí la importancia asignada en el radicalismo a los sucesivos "ismos" ("alemnismo", "yrigoyenismo", etcétera), en detrimento de quienes desarrollaban tareas intelectuales dentro de la formación partidaria, los cuales a su vez abrevaban en aquella concepción.

Según se anticipó, una vez muerto Alem, Saldías dejó de lado el idealismo regeneracionista y continuó una carrera en los elencos de la república oligárquica,⁸⁰ pero no dejó un legado que fuera recuperado por las nuevas camadas del radicalismo. Con la reorganización de la UCR de 1903 a cargo de los "intransigentes", el entonces vicegobernador bonaerense fue considerado uno de los "traidores" que habían pactado con los históricos adversarios. Incluso en el devenir posterior de la UCR y su ascenso al poder, constituye una rareza encontrar una cita o una referencia a Saldías como la efectuada por Leopoldo Bard en la década de 1920 en una conmemoración de la Revolución del Parque.⁸¹ La trayectoria de Saldías en los años fundacionales del radicalismo demuestra que –si bien no parece pertinente hablar de la presencia de "intelectuales de partido" orgánicamente integrados– quienes en el cambio de siglo cristalizaron

79 Para una problematización del fenómeno de la política carismática que retoma las formulaciones weberianas, cfr. Young 2017, pp. XII-XXIV.

80 Esta cuestión excede la etapa analizada en este trabajo, pero puede profundizarse para la actividad política bonaerense de Saldías en Tato 2009.

81 *La Época*, 27/07/1921.

paulatinamente bajo el rótulo de intelectuales jugaron efectivamente un rol significativo –más allá del reconocimiento de propios y extraños– dentro de una fuerza opositora que en algunas décadas se convirtió en un fenómeno de masas. En primer lugar, la propaganda política más regular: la difusión de ideas y actividades destinadas a las bases, la redacción de periódicos que comentaban la política cotidiana y esgrimían la lucha discursiva frente a los rivales. Estos quehaceres requerían cierta preparación, habilidades retóricas y autoridad de palabra en la vida militante, sumando Saldías el hecho de ser dirigente de primera línea. Este doble perfil entraba en acción con la toma pública de la palabra que pretendía elevar el nivel en un debate público informado a partir de seleccionar y priorizar tópicos relevantes que dividían la opinión, en los que eran destacados saberes eruditos o conocimientos técnicos, según la materia.

Cuando comenzaron a consolidarse los partidos políticos a inicios del siglo xx, en retrospectiva, los intelectuales-militantes podían ya ofrecer exégesis de la historia y el camino recorridos por la propia formación. Esta tarea se volvió relevante al producirse cambios significativos en las reglas del juego político y permitió exaltar legitimidades, sacrificios de las luchas pasadas, valores reivindicados y virtudes autoasignadas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDAO, M., 1926. *Notas y recuerdos*. Roma: Cuggiani. Alonso, P., 2000. *Entre la revolución y las urnas. Lo orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*. Buenos Aires: Sudamericana/UDESA.
- ALONSO, P., 2015. La historia política y la historia de la prensa: los desafíos de un enlace. En A. Pineda Soto. *Recorridos de la prensa moderna a la prensa actual*. Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro, pp. 11-34.
- ALTAMIRANO, C. & SARLO, B. [1980] 1997. La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, pp. 161-199.
- ARCHILÉS, F. & FUENTES, M., 2018. Introducción. El malestar en el compromiso. En F. ARCHILÉS & M. FUENTES. *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*. Madrid: Akal, pp. 5-17.
- BARROETAVERÍA, F., [1894] 1912. *Política Contemporánea / Malestar Sud-Americano*. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- BIBBÓ, F., 2008. Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892). *Orbis Tertius*, nº 13(14), pp. 1-11.
- BIBBÓ, F., 2014. El Ateneo (1892-1902). Proyectos, encuentros y polémicas en las encrucijadas de la vida cultural. En P. Bruno, *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal: UNQ, pp. 219-250.
- BOHDZIEWICZ, J., 2004. Dos versiones abreviadas de la Historia de la Confederación Argentina. *Investigaciones y Ensayos*, nº 54, pp. 161-175.
- BRUNO, P., 2009. La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. *Coordenadas para un mapa de la elite intelectual*. Anuario del IEHS, nº 24, pp. 339-368.
- BUONUOME, J., 2017. Periodismo y militancia socialista en Buenos Aires a fines del siglo xix. *Izquierdas*, nº 37, pp. 94-117.
- BURUCÚA, J. E., 2016. Dos estudios argentinos sobre el Quijote: Adolfo Saldías y Arturo Marasso. Exposición 1616. Shakespeare/Cervantes. Biblioteca Nacional de la República Argentina (consultado el 11/08/2022). Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=GExcHMM2Rg8>.

- CASTELLANOS, J., 1909. *Labor dispersa*. Lausanne: Payot.
- CASTELLANOS, J., 1981. *Páginas evocativas*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- CATTARUZZA, A. y EUJANIAN, A., 2010. La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: una discusión sobre el pasado. En A. Laera, *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, vol. III, Buenos Aires: Emecé, pp. 559-579.
- CHARLE, C., [1990] 2009. *El nacimiento de los "intelectuales", 1880-1900*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- DARÍO, R., s/f. *Autobiografía*. Madrid: Mundo Latino.
- DELAMATA, G. y ABOY CARLÉS, G., 2001. El Yrigoyenismo: inicio de una tradición. Documento de Trabajo, nº 3, EPyG, UNSAM.
- DE VEDIA, J., 1954. *Como yo los vi*. Buenos Aires: Gleizer.
- DEVOTO, F., 2002. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DUNCAN, T., [1980] 2007. La prensa política: *Sud-América, 1884-1892*. *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, nº 46, pp. 65-92.
- FALCÓN, R., [1985] 2011. Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros. *Estudios Sociales*, nº 40, pp. 177-192.
- FERNÁNDEZ, S., 2005. *Luis Ricardo Fors polígrafo y bibliotecario*. Buenos Aires: SIB.
- FERNÁNDEZ SEFFINO, P., 2017. La bandera de la "intransigencia" de la UCR, en la óptica de Pedro C. Molina - Córdoba de fines del siglo XIX y principios del XX. Documento de Trabajo, Villa María, UNVM.
- GALLO, V., 1921. *Por la democracia y las instituciones*. Buenos Aires: Rosso.
- GALLO, E., 2006. *Prensa política. Historia del radicalismo a través de sus publicaciones periódicas (1890-1990)*. Buenos Aires: IIHCS.
- GALLO, E., 2009a. *Construcción de un partido político. Las convenciones nacionales de la Unión Cívica Radical (1890-1931)*. Buenos Aires: IIHCS.
- GALLO, E., 2009b. *Alem. Federalismo y radicalismo*. Buenos Aires: Edhasa.
- GARCÍA MÉROU, M., 1982. *Recuerdos literarios*. Buenos Aires: CEAL.
- HERRERA, M., 1930. *El Coronel Blanco (1856-1919)*. Buenos Aires: Rosso.
- LOSADA, L., 2009. *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MERBILHAÁ, M., 2009. Trayectoria intelectual y literaria de Manuel Ugarte (1895-1924). Tesis de Doctorado en Letras, Universidad Nacional de La Plata.
- MYERS, J., 2008. Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX. En J. Myers, *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I. Buenos Aires: Katz, pp. 29-50.
- OJEDA SILVA, N., 2012. El Tiempo: prensa y política durante la crisis de la Unión Cívica Radical (1896-1905). Tesina de Licenciatura en Historia, UTDT.
- OJEDA SILVA, N. & GALLO, E., 2014. Francisco Barroetaveña: un caso de liberalismo ortodoxo. *Prismas*, nº 18, pp. 133-152.
- PERSELLO, A., 2007. *Historia del radicalismo*. Buenos Aires: Edhasa.
- PETRA, A., 2017. *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: FCE.
- PRISLEI, L., 2000. Los intelectuales y el socialismo: Juan B. Justo, el partido y el arte. *Entrepasados*, nº 18-19, pp. 53-63.
- PROCHASSON, C., 2003. *Sobre el concepto de intelectual. Historia Contemporánea*, nº 27, pp. 799-811.
- REYES, F., 2014. La pregunta por la nación en la Argentina liberal: Saldías, entre la historia y la política. *Papeles del Centro de Investigaciones*, nº X, pp. 55-74.
- REYES, F., 2016. "Conmemorar la revolución y sus mártires": sobre el lugar de un ritual político en la constitución de la identidad del radicalismo (1891-1897). *Estudios Sociales*, nº 50, pp. 41-76.
- ROJKIND, I., 2019. El diario *La Prensa* en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas. *Investigaciones y Ensayos*, nº 68, pp. 55-79.
- ROMÁN, C., 2011. *Don Quijote (1884-1902): la prensa satírica, entre el público y el pueblo*. XIII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, pp. 1-18.

- SALDÍAS, A., 1893. *Cervantes y el Quijote*. Buenos Aires: Lajouane.
- SALDÍAS, A., 1894. *Páginas históricas de la Historia de la Confederación Argentina*. Rosario: Tipografía Ítalo-Suiza.
- SALDÍAS, A., 1896. *Bianchetto. La patria del trabajo*. Buenos Aires: Lajouane.
- SALDÍAS, A., 1912a. *Páginas literarias*. Buenos Aires: La Facultad.
- SALDÍAS, A., 1912b. *Páginas históricas*. Buenos Aires: La Facultad.
- SALDÍAS, A., 1912c. *Páginas políticas*. Buenos Aires: La Facultad.
- SERRANO, C., 2000. El "nacimiento de los intelectuales": algunos replanteamientos. *Ayer*, n° 40, pp. 11-23.
- SIRINELLI, J-F., 1986. Le hasard ou la nécessité ? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels. *Vingtième Siècle*, n° 9, pp. 97-108.
- TARCUS, H., 2013. *Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TATO, M. I., 2009. 'Rurales' vs 'metropolitanos'. La redefinición de la situación bonaerense en la dinámica política nacional (1901-1903). *Investigaciones y Ensayos*, n° 58, pp. 515-548.
- TERÁN, O., 2008. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: FCE.
- WEBER, M., [1919] 2007. *La ciencia como profesión / La política como profesión*. Madrid: Espasa Calpe.
- YOUNG, J., 2017. *The Age of Charisma. Leaders, Followers, and Emotions in American Society, 1870-1940*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ZIMMERMANN, E., 1995. *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana/UDESA.